

desde el 22 de diciembre, las mismas ventajas y seguridades que se habían otorgado á los de Baza, Almería y Guadix. Publicáronse las capitulaciones con el Zagal, que aun estaban secretas, y en su virtud el príncipe moro se retiró á su pequeño señorío de Andarax.

Fernando é Isabel, terminada con el año la mas gloriosa y la mas útil campaña que hasta entonces había hecho el ejército cristiano, se retiraron á Jaen, donde licenciaron sus huestes para que disfrutáran de algun reposo, que harto lo necesitaban ya. Todo fué admirable en esta guerra; la actividad, el valor y la política de Fernando; el esfuerzo y la heroica paciencia de caudillos y soldados para soportar las fatigas, las enfermedades, las contrariedades de las estaciones y de los elementos; la energía, el ánimo varonil, la tierna solicitud de la reina para subvenir á todas las necesidades de su ejército y de su pueblo; y sobre todo, el influjo casi sobrehumano que esta magnánima muger ejercía sobre sus guerreros, y el aliento que su presencia les infundía cuando estaban á punto de doblarse bajo el peso de los trabajos, y que parecía constituirlos en un ser superior á las criaturas humanas. Hasta la nobleza y galantería de los príncipes moros cooperaron á hacer notable y prodigiosa esta campaña.

## CAPITULO VII.

### RENDICION Y ENTREGA DE GRANADA.

De 1490 á 1492.

Intimacion de Fernando á Boabdil para que le entregue la ciudad de Granada.—Respuesta negativa del rey moro.—Invade la frontera cristiana, y ataca y toma algunas fortalezas.—El conde de Tendilla.—El rey Fernando con ejército en la vega de Granada: combate: sorpresas.—Cercos y ataques de Salobreña: hazaña de Hernan Perez del Pulgar.—Otras hazañas de Pulgar: id. de Gónzalo de Córdoba: id. del conde de Tendilla.—Campaña de 1491.—Acampa el grande ejército cristiano en la vega de Granada.—Resolucion del rey Chico y de su consejo.—Irrupcion de Fernando en las Alpujarras.—Fijanse los reales en la Vega.—Pabellon de la reina Isabel.—Desafios y combates caballerescos. Se aproxima la reina á examinar los baluartes de Granada.—Batalla de la Zubia favorable á los cristianos.—Vuelven los monarcas á los reales.—Incéndiase el campamento cristiano: alarma general: verdadera causa del incendio.—Fundacion de la ciudad de Santa Fé.—Abatimiento de los moros.—Propuesta de capitulacion por parte de Boabdil.—Conferencias secretas.—Capitulos y bases para la entrega de la ciudad.—Insurreccion en Granada.—Apuros y temores de Boabdil.—Acuérdase anticipar la entrega.—Salida del rey Chico y entrada del cardenal Mendoza en la Alhambra.—Encuentro de Boabdil y Fernando: entrega el rey moro las llaves de la ciudad.—Saluda á la reina y se despide.—Ondea la bandera cristiana en la Alhambra: alegría en el campamento.—Entrada solemne de los Reyes Católicos en Granada.—Fin de la guerra.—Acaba la dominacion mahometana en España.

Se aproxima el término de la dominacion de los hijos de Mahoma en España, y el plazo en que va á cumplirse el destino del pueblo musulman en la tier-

ra clásica del cristianismo. No tenemos reparo en anunciar anticipadamente este grande acontecimiento, porque el lector que se haya informado de las campañas que acabamos de narrar, le presente también y le ve venir.

Conquistadas Alhama, Loja, Velez, Málaga, Baza, Almería y Guadix, toda la parte occidental y oriental del reino granadino, rendidos el príncipe Cid Hia-ya, el rey Abdallah el Zagal, los caudillos de mas nervio y de mas vigor del pueblo sarraceno, quedaban Granada con su vega y con las montañas que desde el balcon de la Alhambra podía alcanzar con su vista Boabdil <sup>(1)</sup>, el rey Chico, desprestigiado entre los suyos por su infausta estrella y por sus derrotas, y sospechoso á los buenos musulmanes por sus pactos y alianzas con los cristianos, teniendo que habérselas con dos monarcas poderosos y amados de todo el pueblo español, que disponían de un numeroso y disciplinado ejército, endurecido con los ejercicios y fatigas de la campaña, envanecido con una série de gloriosos triunfos, entusiasmado con su rey y con su reina, y ardiente de entusiasmo y de fé.

Una de las condiciones con que el rey Chico habia obtenido el rescate de su cautiverio en el cerco de Loja, era que tomada Guadix por las armas cristianas abdicaría su trono, entregaría Granada con to-

(1) Muley Bauduli le llamaban los documentos. los nuestros, como veremos por

das sus pertenencias y castillos, y se retiraría á aquella ciudad con título de duque ó marqués ó señorío de algunos lugares de la comarca. El cumplimiento de aquella estipulacion fué el que exigió Fernando de Boabdil, requiriéndole á ello por medio del conde de Tendilla. Escusóse el rey moro y procuró eludir una intimacion que á tan humillante y miserable estado le reducía, alegando que no podía sin riesgo de su vida entregar una poblacion que habia acrecido de un modo extraordinario y estaba resuelta á defenderse. Esto, que aparecía una especiosa disculpa, era también una verdad. Porque Granada, que rebosaba de poblacion con los muchos millares de refugiados de las ciudades conquistadas por nuestros reyes, si bien abrigaba gentes que deseaban á toda costa la paz, como eran los propietarios, comerciantes, industriales y labradóres, encerraba también caudillos valerosos, belicosas tribus, nobles y esforzados personajes, cuales eran los Abencerrages y Gazules, los Almoravides y Omniadas, descendientes de las antiguas razas árabes y africanas, que estaban decididos á defender aquel resto de la gloriosa herencia de sus mayores. Y habia sobre todo en Granada una muchedumbre de emigrados, de advenedizos, de renegados y aventureros, gente desesperada y turbulenta, que escitada por los fanáticos musulmanes, llamaban impío, traidor y rebelde al que hablára de transaccion con los cristianos.

La respuesta de Boabdil la recibieron los reyes en Sevilla, donde habían ido á pasar el invierno, y donde se ocupaban en reformar abusos y en robustecer la administracion de justicia. Alegróse Fernando de una respuesta que le proporcionaba ocasion de apellidar á Boabdil aliado voluble, pérfido y sin palabra, y para comprometerle escribió á los granadinos descubriéndoles la capitulacion de Loja, y exigiendo se cumpliera pronta y puntualmente. La carta surtió el efecto que el astuto monarca aragonés se proponia. La gente tumultuaria y fanática se alborotó llamando al Zogoybi traidor y cobarde, y se dirigió en tropel á la Alhambra con desaforados gritos; hubiera tal vez perecido Boabdil á manos de las turbas, sin la enérgica intervencion de los nobles y caballeros que las aquietaron y restablecieron el orden. No tuvo ya mas remedio el rey Chico que declarar la guerra á Fernando, con lo cual despertando el espíritu bélico en aquella ciudad que parecia aletargada, comenzaron los moros á hacer algaras en las fronteras de los cristianos.

Hallábanse Fernando é Isabel, cuando recibieron esta nueva, celebrando en Sevilla con magníficas fiestas y regocijos, danzas, torneos y otros ejercicios marciales, los desposorios de su hija mayor la infanta Isabel con el príncipe Alfonso, heredero de la corona de Portugal (abril, 1490), que embajadores de Lisboa habían venido á negociar con el deseo de estre-

char alianza entre los dos reinos, desunidos hasta entonces, ó al menos recelosos á causa de las añejas y frecuentemente renovadas pretensiones de doña Juana la Beltraneja <sup>(4)</sup>. Aprestáronse los reyes á tomar venganza de la conducta de Boabdil y de los granadinos, é inmediatamente enviaron al conde de Tendilla á Alcalá la Real, nombrado capitan mayor de la frontera. Los moros habían sorprendido ya algunos destacamentos cristianos, tomado algun castillo y bloqueado otros, y el conde de Tendilla reforzó oportunamente los mas cercanos á Granada, y dictó otras medidas propias de su esperiencia y de su talento. Entretanto Fernando, reuniendo hasta cinco mil caba-

(4) Nuestros cronistas se entusiasman al describir las suntuosas fiestas que con ocasion de estos desposorios se celebraron en Sevilla. Duraron quince dias, y asistieron á ellas no solo los grandes y nobles de Castilla y Andalucía, sino que acudieron tambien y tomaron parte en los juegos muchos caballeros é hidalgos de Valencia, de Aragon, de Cataluña y hasta de Sicilia y otras islas pertenecientes á la corona aragonesa. A orillas del Guadalquivir se abrieron lizas y se construyeron tablados y galerias, cubierto todo con tapicerias y pabellones de paño de oro y seda, en que se veian ricamente bordados los escudos de armas de las nobles casas de Castilla. La reina iba vestida de paño de oro, y asimismo la infanta doña Isabel, y hasta setenta damas de la principal nobleza se presentaron con ricos trages de brocados, cadenas y collares de oro, con muchas piedras preciosas y perlas de gran

valor, lo cual indica que sin duda habían recobrado ya ó repuesto las joyas de que se habían desprendido para los gastos de la guerra. Los caballeros y justadores llevaban igualmente ricas vestiduras bordadas de oro y plata: «é ningun caballero ni fijo-dalgo (dice el cronista Pulgar) ovo en aquellas fiestas que pareciese vestido salvo de paño de oro é seda..... en lo cual todos mostraron grandes riquezas é grande ánimo para el gastar (cap. 128).» El rey Fernando, que rompió varias lanzas en el torneo, fué de los combatientes que se distinguieron mas por su destreza y gallardía. Seguian luego las músicas y las danzas.

Se desposó á nombre del infante portugués el embajador Fernando de Silveira: la princesa de Castilla no fué hasta el otoño siguiente á Portugal, donde se le hizo un brillante y suntuoso recibimiento.

llos y veinte mil peones, avanzaba por Sierra Elvira, y entrando en las llanuras de Granada llegaba casi hasta los muros de la capital talando las mieses que los vasallos de Boabdil á la sombra de la paz habian estado cultivando con esmero. Quiso el rey señalar esta expedicion con una ceremonia solemne, y alli en medio del campo, á la vista de los enemigos que podian presenciárselo desde las almenas de la ciudad, armó caballero al principe don Juan, su hijo, de edad entonces de doce años, siendo padrinos los dos antiguos y poderosos rivales, los duques de Gádiz y de Medinasidonia. El acto terminó confiriendo el caballero novel los mismos honores de la caballería á varios jóvenes sus compañeros de armas. La reina se habia quedado en Moclin. Continuando la devastacion, salieron los moros y dieron un vigoroso ataque á la gente del marqués de Villena, de que resultó entre otras la muerte de su hermano don Alfonso Pacheco y una herida en un brazo al mismo marqués en el acto de acudir á la defensa de un fiel criado suyo á quien vió atacado por seis moros; á consecuencia de aquella lanzada el generoso marqués quedó manco de aquel brazo para siempre.

En esta correría llamó la atención un gallardo moro, que á caballo y solo, con una bandera blanca en la mano se acercaba á las filas cristianas. Este arrogante musulman espuso que habiendo muerto tres de sus hermanos por la propia mano y acero del va-

liente conde de Tendilla, deseaba vengar la ilustre sangre derramada por el guerrero cristiano, peleando con él en combate singular. El conde aceptó el reto, y obtenida licencia del rey, salió al encuentro del moro, le venció y se le presentó á Fernando, el cual le mandó que le retuviera cautivo en su poder <sup>(1)</sup>.

Habian acompañado al monarca cristiano en esta expedicion los príncipes moros el Zagal y Cid Hiaya, cada uno con una cofta hueste de caballería, asi por la fidelidad que habian ofrecido al rey de Aragon, como por odio á Boabdil. En el sitio de la Vega llamado hoy el So de Roma habia una fortaleza nombrada la torre de Roman, que servia de abrigo á los cultivadores sarracenos. A ella se dirigió un dia Cid Hiaya con su escuadron de moros de Baza; llegóse á la puerta del fuerte, y habló en árabe á los vigilantes que estaban en las troneras pidiendo asilo para guarecerse de los cristianos que le perseguian. El alcaide y los del castillo no tuvieron dificultad en franquearles la entrada en la confianza de que hacian un servicio á los suyos. Mas tan pronto como el auxiliar de Fernando se vió dentro con su gente, desnudaron todos los alfanges y se apoderaron de los engañados defensores de la fortaleza. Este ardid, con que se propuso Cid Hiaya dar una prueba de lealtad á su vencedor y amigo, excitó la rabia de los granadinos contra él, y no se cansaban de llamarle traidor infame.

(1) Mondejar, en la Hist. de la casa de su título, lib. III.

Los prisioneros fueron puestos en libertad como vendidos á mala ley <sup>(1)</sup>, y Fernando, hecha la tala, que duró treinta días, se retiró otra vez á Córdoba.

Alentado Boabdil con la retirada del monarca aragonés, irritado con las correrías que Mendo de Quesada y otros capitanes cristianos hacian en sus campos estorbando las labores de los labriegos, y aprovechando la ocasion de estar ocupado el marqués de Villena en aquietar los mudejares de Guadix que andaban un poco levantiscos, se animó á cercar y acometer la fortaleza de Alhendin que poseian los cristianos por astucia de Gonzalo de Córdoba y por traicion del alcaide moro. Un incidente impidió al de Villena acudir con sus fronterizos tan pronto como queria al socorro de los sitiados, y no pudo evitar que Mendo de Quesada y los cristianos que defendian el castillo cayeran en poder de Boabdil y que fueran degollados y reducida á escombros la fortaleza. Creció con esto el ánimo de rey Chico, é invadió repentinamente la Taha de Andarax y las tierras del señorío de el Zagal y de Cid Hiaya, regresando orgulloso á la Alhambra con cautivos y ganados, despues de haber rendido y desmantelado el castillo de Marchena. Los vasallos del Zagal quedaron alborotados y en rebelion, y síntomas de querer rebelarse seguian no-

(1) Bernaldez, c. 96.—Pulgar, p. III., cap. 130.—Estrañamos que Prescott no haga mérito de estos lances que tanto caracterizan aquella guerra.

tándose en los mudejares de Guadix. Esto último movió al marqués de Villena á tomar con ellos una determinacion fuerte y radical. Allegando cuanta gente pudo, acampó con ella cerca de aquella ciudad. Reforzó la guarnicion cristiana, y mandó á los moros salir al campo con pretexto de hacer un alarde, y tan pronto como estuvieron fuera cerróles las puertas y los obligó á alojarse en los arrabales y caseríos. Dióles despues á escoger entre abandonar el pais con su riqueza moviliaria ó quedar sujetos á una pesquisa judicial para averiguar quiénes habian sido los conjurados y los instigadores. Ellos optaron unánimemente por la espatriacion, y dejaron sus antiguos hogares trasladándose con cuantos efectos pudieron trasportar á Africa ó Granada. Las poblaciones que por estos y otros medios quedaban desiertas de moros iban siendo repobladas por cristianos que de diversas provincias affluian á ellas.

Ya mas contentos los granadinos con Boabdil por el éxito de sus primeras escursiones, meditaron otra, que al principio pensaron dirigir á Malaha, pero de la cual desistieron por temor al prudente y valeroso Gonzalo de Córdoba que se hallaba alli. Despues á propuesta del intrépido Mohammed el Abencerrage acordaron emprender la reconquista de algun pueblo de la costa para ver de ponerse en comunicacion con Africa, con la esperanza de recibir de alli socorros. A este intento se encaminaban ya á Almu-

ñecar, cuando de repente mandó Boabdil torcer el rumbo por noticia que tuvo de que la guarnición de Salobreña se hallaba sin municiones, sin agua y sin vituallas. Pronto se apoderó de los arrabales y estrechó el castillo (agosto, 1490). Por veloces que quisieron acudir en auxilio de los sitiados los gobernadores de Velez y de Málaga, don Francisco Enriquez y don Iñigo Manrique, con su gente, no pudieron pasar de Almuñecar y de una isleta frontera al castillo, desde la cual apenas podían incomodar á los moros. Solo el hazañoso Hernan Perez del Pulgar, acostumbrado á ejecutar las proezas mas difíciles, fletó un barco, espíó una ocasion, se acercó á la orilla de la costa, tomó tierra, y seguido de sesenta escuderos armados de ballestas y espingardas, burló la vigilancia de los enemigos y se metió en la fortaleza, desde la cual arrojó al campamento de los moros un cántaro de agua y una copa de plata, para que vieran que no les apuraba la sed. Irritáronse con esta provocacion Boabdil y sus capitanes, y ordenaron á sus soldados el asalto previniéndoles que no tuvieran piedad de nadie. Pero los cristianos de la isleta molestaban cuanto podían con sus fuegos á los asaltantes: Pulgar y los defensores del castillo resistían heroicamente, cuando al cabo de algunos dias de pelear sin comer ni dormir los unos, de dar infructuosos asaltos los otros, supo Boabdil que los condes de Tendilla y de Cifuentes avanzaban á Almuñecar con fuerzas considerables, y que el

rey Fernando se apostaba para cortarle la retirada en el valle de Lecrin. El rey Chico y sus capitanes tuvieron á bien cesar en los asaltos, levantar de prisa el cerco, ganar la sierra y volver á encerrarse en la Alhambra, desesperados del inútil ataque de Salobreña, pero contentos con haber acertado á eludir un encuentro con Fernando (1).

El rey, despues de otra irrupcion en la vega de Granada, en la cual empleó quince dias para hacer la tala de los panizos que los moros habian sembrado, é irlos asi privando de mantenimientos (setiembre), volvió sobre las comarcas de Baza y Almería, y como no se le ocultase que aquellos habitantes, participando del mal espíritu de los de Guadix, mantenían secretos tratos con los de Granada, los hizo salir de las ciudades y de las plazas fuertes, dándoles á escoger entre pasar á Africa ó quedarse á vivir en las aldeas abiertas y alquerías, sin poder entrar en poblacion cercada. Unos se resignaron á aceptar este último partido; otros prefirieron desamparar la tierra de España, ya que así eran lanzados de los techos bajo los cuales habian nacido y vivido sus padres. Merced á esta dura y fuerte medida pudo Fernando regresar mas tranquilamente á Córdoba, á prepararse para otra mas seria campaña.

Mientras los reyes hacían sus grandes preparati-

(1) Pulgar, Cron., p. III., cap. 171.—El otro Pulgar, el de las Hazañas, Breve, part., etc., título 431.—El otro Pulgar, el de Bernaldez, cap. 97.

vos, los capitanes de frontera ejecutaban proezas individuales y mostraban con rasgos de valor heroico hasta dónde rayaba, ó su entusiasmo religioso, ó su espíritu caballeresco. Cuéntase entre otras la arriesgada y peligrosa hazaña que realizó Hernan Perez del Pulgar. Este campeón insigne, acompañado de quince de sus valerosos compañeros, buscados y escitados por él, partió un día desde Alhama, su ordinaria residencia, camino de Granada, con el temerario designio y resolucion de penetrar en la ciudad y ponerle fuego. Despues de haber ocultado un día entre las alamedas de la Malaha, tomaron un haz de delgada leña y prosiguieron la via de Granada sin ser vistos ni sentidos hasta llegar al pie de sus muros. Guiábalos un granadino, moro converso, y bajo su direccion Pulgar con una parte de los intrépidos aventureros saltó por unas acequias, atravesó en el silencio de la noche las oscuras y desiertas calles, llegó á la puerta de la gran mezquita, y clavó en ella con su puñal un pergamino en que se leia el lema cristiano *Ave-Maria*. Dirigióse luego al vecino barrio de la Alcaicería, mas al sacar fuego del pedernal para encender y aplicar al haz de leña se oyó y divisó una ronda de moros; los aventureros desenvainaron sus espadas, arremetieron y dispersaron la ronda, espolearon sus caballos, y dirigidos por el moro ganaron el puente y se alejaron de la ciudad, que al ruido de aquella refriega comenzaba ya á alboro-

tarse. El rey premió largamente á los quince osados campeones, y concedió ademas á Pulgar asiento de honor en el coro de la catedral <sup>(1)</sup>.

Hazañas parecidas ejecutaron tambien Gonzalo de Córdoba y su compañero Martin de Alarcon. Y cuéntanse igualmente aventuras caballerescas y galantes como la del conde de Tendilla, el frontero mayor de Alcalá la Real. Noticioso el conde de que una noble doncella granadina, sobrina del alcaide Aben Comixa, que tenia concertado casamiento con el alcaide de Tetuan, iba á ser llevada á un puerto de la costa para embarcarla y trasportarla á Africa á celebrar sus bodas, determinó sorprenderla emboscándose en la sierra, como lo ejecutó apoderándose de la jóven y de su pequeña comitiva, que llevó consigo á Alcalá, donde dispensó á los cautivos todas las atenciones de un cumplido caballero. Con noticia que tuvo de este suceso el alcaide Aben Comixa, tío de la bella Fátima, que así se llamaba la doncella, despachó al caballero aragonés don Francisco de Zúñiga, á quien tenia prisionero, con carta del mismo Boabdil para el conde, ofreciendo por el rescate de la novia hasta cien cautivos cristianos de los de Granada, los que el conde eligiese. A esta propuesta contestó el de Tendilla poniendo á Fátima á las Puertas de Granada, escoltada por los suyos, despues de haberle regalado algunas

(1) Parece que los marqueses seguido conservando este privilegio del Salar, sus descendientes, han

joyas. Agradecido Boabdil á la galantería del caballero conde, dió libertad á veinte sacerdotes cristianos y ciento treinta hidalgos castellanos y aragoneses, y mas agradecido todavía Aben Comixa entabló desde aquel día y mantuvo despues amigable correspondencia con el galante don Iñigo Lopez de Mendoza <sup>(1)</sup>.

Llegó en esto la primavera de 1491, y Fernando se halló en disposicion de moverse camino de Granada al frente de un ejército de cincuenta mil hombres, de ellos una quinta parte de á caballo <sup>(2)</sup>, compuesto de los contingentes de las ciudades de Andalucía y de la gente que de otras provincias habian enviado ó llevado los grandes y nobles del reino. Supónese que acompañaban personalmente al rey el marqués de Cádiz, el marqués de Villena, el gran maestre de Santiago, los condes de Cabra, de Cifuentes, de Ureña y de Tendilla, el brioso don Alonso de Aguilar y otros ilustres y nobles capitanes que representaban las glorias de Alhama, de Loja, de Málaga y de Baza. El 26 de abril acampaba el ejército en la vega á dos leguas de la corte del antiguo reino de los Alha-

(1) El moderno historiador de Granada Lafuente Alcántara, ha amenizado esta parte de su Historia con varios de estos curiosos rasgos de valor y de galantería, sacados de un MS. titulado *Casa del Salar*, existente en la biblioteca de Salazar, de otro que tiene por título *Historia de los condes de Tendilla*, por Rodriguez de Ardila, de la obra de Hernan Perez,

*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, de la *Historia de la casa de Mondejar*, y del *Bosquejo histórico* de Martinez de la Rúa.

(2) Pedro Mártir, que iba en él como voluntario, le hace subir á ochenta mil. Tal vez contó la gente que guarnecía las fortalezas del territorio.

mares. La reina se quedó en Alcalá con el príncipe y las infantas para atender como siempre á la subsistencia y á las necesidades de los guerreros. En el palacio árabe de la Alhambra celebraba Boabdil gran consejo con sus alcaides y alfaquíes sobre lo que deberia hacerse para la defensa de la ciudad. Acordes todos en cuanto á la resistencia, quedó esta decretada y organizada. Contábase en la capital del emirato una poblacion de doscientas mil almas, entre naturales y emigrados; ademas de las huestes de veteranos habia veinte mil mancebos en edad y aptitud de manejar las armas. Abundaban las provisiones en los almacenes; surtíala el Darro y el Genil de aguas copiosas; protegíala las escabrosas montañas de Sierra Nevada, y le enviaban su grata frescura; ceñíala formidables muros y torres, y se podia llamar la ciudad fuerte <sup>(1)</sup>.

Convencido Fernando de la dificultad de reducirla por la fuerza, determinó hacer una correría de devastacion por el ameno valle de Lecrin y por la Alpujarra, de cuyos frutos se abastecía la ciudad. El marqués de Villena iba delante incendiando aldeas,

(1) Véase Casiri, Biblioteca Escorial., tom. II.—Lucio Marineo en el lib. XX. de las Cosas Memorables de España, dice, hablando del sitio y forma de Granada. «Tiene la ciudad en circuito casi tres leguas, y todo ceñido y cercado de todas partes con edificios, y fortalecida con mil y treinta torres para defension. Tiene doce

puertas, de las cuales las que están á la parte del Occidente tienen muy buenas salidas y campos alegres y deleytosos, y las otras puertas que están al Oriente son mas difíciles.» Y cuenta entre las cosas insignes de Granada, la Alhambra, Generalife, los Alixares, Bibarrambra, la Alcaicería, el Darro y la Vega.